

iglesias principales de Roma y pasado la tarde en casa del cardenal Madruzzo, fué acompañado el día siguiente por el Sacro Colegio hasta la Puerta Angélica. El 1.º de junio emprendió su viaje. Encominóse primeramente a Loreto, donde regaló al santuario 500 escudos, luego por Florencia, Bolonia, Venecia, Padua, Verona y el Brenner a Innsbruck, adonde llegó el 28 de junio y fué recibido conforme a su dignidad por el archiduque Fernando (1).

En Linz el cardenal legado tuvo una conferencia con el archiduque Matías, y en Viena, adonde llegó el 7 de julio, con el archiduque Ernesto. El recibimiento exterior fué también aquí y en todas partes muy honorífico. Para no infundir sospecha alguna a los polacos, renunció Aldobrandini a una visita al emperador en Praga, lo cual también se lo aconsejó el archiduque Ernesto. Por eso el legado fué directamente por Olmütz a Cracovia. Cuando el 27 de julio hizo su solemne entrada en la ciudad de la coronación, el rey Segismundo con gran séquito militar vestido con magnífico traje nacional le salió a recibir a caballo a dos millas de distancia (2).

Aldobrandini conoció pronto, que el canciller Zamoiski era más poderoso que el rey. Zamoiski, que en general vió de mala gana el envío de un legado pontificio, suscitaba dificultades sobre dificultades. La incondicional liberación de Maximiliano fué denegada. Aunque el nuncio Aníbal de Capua, sabiendo bien que también el Papa deseaba esta liberación, unió sus esfuerzos con los del legado, nada entrambos consiguieron. Aun los grandes polacos que estaban

(1) V. Voltolini-Matthaus, 299 s.; Schweizer, II, LXXV; Hirn, El archiduque Fernando, II, passim. A estos investigadores se les ha pasado por alto el *Diario del viaje de Aldobrandini, que se conserva en el Cód. N. XXXIV, p. 220 ss. de la *Biblioteca Vallicelliana de Roma*, aunque Rycaszewski en las *Relayce Nunc. Apost.*, II, 4 s., 20 s. ha comunicado extractos en traducción polaca que se refieren al viaje por Polonia. Con todo el Diario comienza ya por la partida del cardenal de Trento en 20 de junio de 1588 y describe también el viaje y lo que acaeció al legado en el Tirol, Austria, Moravia y Silesia. Llega hasta el 8 de marzo de 1589. Rycaszewski imprimió también, asimismo en traducción polaca, la descripción de la situación de Polonia que se halla en una carta de Aníbal de Capua al P. Guillermo de S. Clemente, según el Cód. Urb. 1113, p. 164 s. de la *Bibl. Vaticana*. Vat. 3661 contiene: Ant. Martinelli *De Hipp. Aldobrandini card. legati Cracoviam Pragamque adventu introituque narratio, *ibid.* Relaciones de Aldobrandini en Theiner, *Mon. Pol.*, III, 65-82, 124-129. *Ibid.*, 52-65 y 129-150 una parte de las relaciones del nuncio polaco. Son de esperar ediciones más completas de parte de la Academia de Cracovia y del Instituto Histórico Finlandés de Roma.

(2) Además de las fuentes indicadas en la nota anterior cf. también la buena descripción que se halla en Maffei *Hist.*, 28 y en Tempesti, II, 240 s.

enemistados con el canciller, convinieron con él en que la completa renuncia de Maximiliano y la restitución debían ser condición indispensable de las negociaciones de paz. Cuando monseñor Tolesani, auditor de Aldobrandini, notificó esto a la corte imperial, recibió una respuesta negativa (1).

Como las dificultades se iban acumulando cada vez más, resolvióse el cardenal a visitar personalmente al emperador en Praga. El 7 de diciembre de 1588 hizo allí su entrada solemne. En repetidas audiencias expuso a Rodolfo II el estado del asunto y alcanzó un ajustamiento, según el cual en la frontera polaco-silesiana debía tener sesiones una comisión de diez polacos y diez austríacos bajo su presidencia para entablar las negociaciones de paz. Los miembros de la comisión polaca debían juntarse en Bedzin, los austríacos en Beuthen, y el cardenal legado tenía que morar en Olkusch. Aldobrandini acudió allí puntualmente, pero los miembros de la comisión se hicieron aún esperar mucho tiempo. Cuando finalmente pudieron abrirse las negociaciones, mostráronse tales dificultades, que el cardenal legado temió repetidas veces el completo mal éxito de su acción de paz. A pesar de esto trabajaba incansablemente. Negociaba sin cesar con ambos partidos (2). Su constancia debía al fin verse coronada de buen suceso.

El 10 de marzo de 1589 pudo Aldobrandini notificar a Roma, donde estaban ya muy abatidos, la alegre nueva de que el día anterior se había efectuado bajo su presidencia la conclusión de los preliminares de paz. Las condiciones significaban una victoria de los polacos sobre los austríacos, los cuales podían tener razón para estar descontentos, pero en las circunstancias dadas ni aun el más experto diplomático hubiera podido conseguir otro resultado (3). La mediación del Papa fué reconocida con gratitud. El archiduque debía ser puesto en libertad allí donde fué hecho prisionero, pero había de devolver Lublo a los polacos y renunciar al título de rey así como a todos los derechos sobre Polonia, lo cual debía confirmar con juramento en la frontera. También el emperador debía jurar el tratado, el cual entre otras cosas contenía la cláusula de no contraer en futuras negociaciones con los turcos obligaciones algunas desfavorables

(1) V. Hassencamp, 65; Voltolini-Matthaus, 304; Schweizer, II, xci s.

(2) V. Mayer, 157 s., 164 s.; Voltolini-Matthaus, 306; Schweizer, II, c s., 340 s., 344 s., 351 s., 362 s., 371 s., 373 s., 379 s., 381 s.

(3) Juicio de Schweizer (II, cxlv).

para Polonia. Una promesa semejante fué también impuesta a Segismundo (1). El sobrino del cardenal legado, Cincio Aldobrandini, fué enviado a Praga y luego a Roma para comunicar esta noticia, al paso que el mismo cardenal se trasladó a Viena, adonde llegó el 23 de marzo de 1589, y fué huésped del archiduque Ernesto (2).

La aceptación de los convenios de Beuthen no tropezó con ningunas dificultades en Polonia como de suyo se deja entender. El rey envió su secretario al cardenal legado y luego al Papa para darles las gracias de palabra y de obra. Con todo, el emperador, sin duda estimulado por el archiduque Maximiliano, se negó a aceptar el tratado; desagradábale especialmente el que hubiera de atarse en la cuestión turca. Por eso Aldobrandini hubo de interrumpir su viaje de vuelta a Roma y retirarse entretanto a la abadía de Admont. Mas al fin logróse tranquilizar al emperador, en vista de lo cual el cardenal prosiguió su viaje. El 12 de mayo de 1589 llegó a Padua, desde donde se encaminó a Roma para hacer relación de todo al Papa (3).

El 29 de marzo de 1589 había llegado a Roma Cincio Aldobrandini con la nueva de la conclusión de la paz. Dos días más tarde comunicó el Papa el resultado a los cardenales. Dijo que aunque no era lícito gozarse de la alegre noticia en aquel día — era viernes santo —, con todo era día de paz y de reconciliación entre el linaje humano y el Padre celestial. Que por eso no tenía ningún reparo en poner en conocimiento de los cardenales, que la mediación de Aldobrandini había sido coronada de feliz éxito. Leyéronse al punto la relación del legado y el texto del tratado (4). Después que el Papa el 5 y 12 de mayo hubo dado cuenta nuevamente del importante suceso (5), el cardenal Aldobrandini hizo el 27 de mayo su solemne entrada en Roma. A la puerta de la ciudad recibióle el colegio cardenalicio; llena de júbilo le saludó la muchedumbre del pueblo. Al día siguiente tuvo audiencia con el Papa, que mostró la mayor satisfacción por el buen éxito que había alcanzado (6). El 30 de

(1) V. Mayer, 450 s. La carta de Aldobrandini de 10 de marzo de 1589, en Schweizer, II, 402 s.

(2) V. Voltolini-Mathaus, 308; Schweizer, II, CXXI, 402, 409 s., 412 s.

(3) V. Voltolini-Mathaus, 309; Schweizer, II, CXXIII s., 428 s., 434 s.

(4) V. Acta consist., 863; Hübner, I, 465 s.

(5) V. Acta consist., 865. Cf. Korzeniowski, 133.

(6) V. el *Avviso de 31 de mayo de 1589, Urb., 1057, p. 318, *Biblioteca*

mayo en un consistorio, que se celebró en Letrán, efectuóse el solemne recibimiento de Aldobrandini. Éste después en otro consistorio de 5 de junio dió cuenta por menudo de su misión, en la que mencionó con elogio la prudencia del Papa y el apoyo de sus compañeros, pero sólo breve y modestamente se expresó sobre su propia actividad. Sixto V hizo de él y de sus compañeros la mayor alabanza. Como el emperador y Maximiliano no habían jurado aún el tratado, difirióse entretanto una solemnidad eclesiástica (1). Esta providencia estaba enteramente justificada. Rodolfo II prestó es verdad el juramento el 10 de julio, pero el archiduque Maximiliano se negó a hacer lo mismo, luego que se halló con seguridad en territorio austríaco. Sólo el 8 de mayo de 1598 cumplió su obligación para facilitar el ajustamiento de una alianza entre el emperador y Polonia contra la Sublime Puerta (2).

Semejante confederación de los dos Estados vecinos contra el turco la habían ya tenido ante los ojos Sixto V y su legado al concertarse el tratado de Beuthen. Pero fuera de esto los conatos del celoso Papa se habían dirigido al punto a promover la reforma católica en Polonia (3). Sixto ya en abril había dirigido al rey la exhortación de no tomar por esposa sino a una católica (4). Segismundo III lo prometió (5). Pero el plan agenciado desde Roma del casamiento del rey con una archiduquesa austríaca frustróse sobre todo por la pertinacia con que Maximiliano se negaba a prestar el juramento. A pesar de esto Sixto V podía ver con satisfacción la mediación diplomática de paz de su legado. Si se engrandeció ésta como un hecho glorioso de su reinado (6), esto se hallaba tanto más justificado, cuanto Segis-

(1) V. las Acta consist. en Korzeniowski, 133 s.; Maffeji Hist., 34; Orbaan, Documenti, 425 s.

(2) Cf. Hirn en las Comunicaciones del Instit. austr., 4.º tomo suplementario, p. 248 s. y: El archiduque Maximiliano, gran maestro de la Orden Teutónica, I, Innsbruck, 1915, 28 s.

(3) El 19 de agosto de 1589 se dió a Anibal de Capua la orden de celebrar un concilio provincial y reformar la disciplina claustral; v. Theiner, Mon. Pol., III, 109 s. En el concilio provincial de Petrikau se resolvió, entre otras cosas, que en lo futuro sólo debía elegirse por rey de Polonia a aquel que fuese vere catholicus, etc. Sixto V confirmó los decretos del concilio; v. Bull., IX, 140 s. (con fecha de 1589 sine die, pero no se ha de poner la bula en enero, como Hasencamp [66] supone, sino antes bien a fines del año).

(4) V. Theiner, Mon. Pol., III, 99 s. Breves parecidos se enviaron a Zamowski y a otros, asimismo todavía más tarde; v. Schweizer, II, CXXIV.

(5) V. las Actas consist. en Korzeniowski, 134.

(6) V. la carta de Aldobrandini a Montalto en Schweizer, II, 402.

mundo se acreditó en Polonia de ser fiel hijo de la Iglesia y celoso promovedor de la reforma y restauración católica. Significativo es en este respecto el favor que otorgó a los jesuitas; a uno de los más excelentes miembros de la Compañía de Jesús, el célebre Pedro Skarga, le nombró al punto predicador de su corte (1). El 7 de julio de 1590 su embajador Bernardo Maciejowski prestó obediencia a la Santa Sede (2). Con esta ocasión dió las gracias de nuevo por la mediación pontificia de paz, hizo resaltar los sentimientos católicos de su rey y recomendó a Sixto V el reino de Polonia como el antemural de la verdadera fe en el Oriente. Marcelo Vestrio respondió en nombre del Papa, que Segismundo prosiguiese, como había empezado, en hacerse benemérito de la fe, se declarase contra los herejes y se acreditase de paladín contra los tártaros y turcos, y que la Santa Sede le ayudaría en esto (3).

El consistorio en que se pronunció este discurso, fué uno de los últimos actos oficiales de Sixto V. Representó un rápido y pasajero resplandor en los oscuros días en que las fuerzas del anciano Papa eran consumidas por las revueltas de Francia y las amenazas de España.

III

El estado de salud de Sixto V había sido excelente en todo respecto hasta el último año de su reinado. Enorme esfuerzo había exigido a su buena constitución; trabajando durante todo el día hasta altas horas de la noche, el Papa animado de celo de la Iglesia no se concedía ningún descanso. A pesar de esto los embajadores podían referir de año en año, que Su Santidad se hallaba muy bien.

Sólo en la primavera de 1590 bajo la perniciosa influencia de las terribles excitaciones que Olivares causaba al Papa, sobrevino un cambio en mal sentido. El exceso de trabajo y cuidados que

(1) V. Berga, Skarga, 217.

(2) V. las Acta consist. en Korzeniowski, 136. Cf. la *relación de Brumani de 7 de julio de 1590, *Archivo Gonzaga de Mantua*. Una *carta del rey Segismundo al cardenal Montalto, fechada en Reval a 19 de septiembre de 1589, contiene junto con la petición de que tomase a su cargo el protectorado de Polonia vacante por la muerte del cardenal Farnesio, la otra petición de que le disculpase con el Papa el no haber enviado hasta entonces ningún embajador para que le prestase homenaje, porque le había reclamado enteramente la guerra contra los turcos y tártaros. Nunz. di Francia, 20, p. 60, *Archivo secreto pontificio*.

(3) Theiner, Mon. Pol., III, 172 s.

pesaba sobre el Papa, había de minar con el tiempo aun la constitución más robusta. A fines de abril de 1590 tuvo una fiebre intermitente originada por un enfriamiento, al que al principio no se prestó atención (1). Sixto V procuró combatirla por los medios ordinarios; tomó también más vino de lo que acostumbraba, lo cual en Italia es todavía hoy usual entre el pueblo en semejantes casos (2). La confianza de los que rodeaban al Papa, en su robusta naturaleza pareció justificarse por una mejora sobrevenida a fines de mayo. Sin embargo observadores más perspicaces notaron con recelo el mal aspecto y el profundo decaimiento de Sixto V (3), que con férrea energía se mantenía aún en pie y lo mismo que antes cumplía todas las obligaciones de su cargo. Cuando en la fiesta de la Ascensión (31 de mayo) celebraba la misa mayor, se advirtió que estaba con calentura (4).

El verano del año 1590 se caracterizó por un grandísimo calor. Mucha gente en Roma enfermó (5). Aunque Sixto se había ido al aireado Quirinal, padecía mucho bajo la extraordinaria temperatura (6). El 6 de julio hubieron de acortarse las audiencias de los embajadores, pues el Papa la noche anterior había sido molestado de fiebre y vómito. A pesar de esto el 7 de julio tuvo un consistorio público para la recepción del embajador polaco de obediencia (7). Cuatro días más tarde esparcióse en Roma el rumor de que el Papa había muerto. En vista de esto, los judíos, que precisamente tenían su mercado del miércoles en la Plaza Navona, empaquetaron a toda prisa sus mercancías, temiendo un saqueo (8). Con todo se supo pronto, que el Papa, aunque muy enfermo, vivía todavía. La constante excitación por los asuntos de Francia, las amenazas de los españoles y las noticias sobre la reaparición de los bandi-

(1) Cf. Vol. XXI, cap. IV, pág. 316.

(2) Cf. Hübner, II, 364, donde se han utilizado numerosas relaciones contemporáneas. V. además todavía las *cartas de Brumani de 12 de mayo y 2 de junio de 1590, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) Cf. Santori, Autobiografía, XIII, 194.

(4) V. Hübner, II, 364.

(5) Cf. el *Avviso de 25 de agosto de 1590, Urb., 1058, p. 428, *Biblioteca Vaticana*.

(6) V. el *Avviso de 11 de agosto de 1590, *ibid.*, p. 407.

(7) V. la *relación de Brumani de 7 de julio de 1590, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(8) V. el *Avviso de 14 de julio de 1590, Urb., 1058, p. 363, *Biblioteca Vaticana*.

dos (1), no podían sino influir desfavorablemente en su salud (2).

Sixto V había expresado muchas veces, que un príncipe había de morir en medio de los negocios de su cargo (3). Como nunca había sido indulgente consigo mismo, tampoco ahora el Pastor supremo, anciano y debilitado por la fiebre, los cuidados y las excitaciones tuvo la más mínima consideración a su salud. Así no se dejó desviar del intento de asistir el 18 de agosto a pie a la procesión a la iglesia nacional alemana de Santa María del Ánima, en la cual se habían de dar gracias a Dios por la vuelta del margrave Jacobo de Baden a la antigua fe (4). Con esto cogió un resfriado (5). Después que al día siguiente se hubo llegado a un excitadísimo altercado con el embajador español, padeció el Papa el 20 de agosto un muy violento acceso de fiebre, a pesar de lo cual asistió el 21 a la congregación francesa (6). Un nuevo grave acceso de fiebre que le sobrevino después, puso a los que rodeaban a Sixto V, en justificada excitación. Se llamó al punto a los médicos y al cardenal Montalto, y más tarde también al datario. Los médicos permanecieron por la noche en el Quirinal (7). Sixto V había sido siempre un enfermo muy indócil. Como poseía algunos conocimientos de medicina, gustaba de conversar con los médicos sobre su salud, en lo cual solía dar su juicio sobre los remedios de ellos, y citar pasajes de Hipócrates, Galeno y Avicena. Nunca había estado acostumbrado a seguir los consejos que le daban. Así lo hacía también ahora. El 22 de agosto se levantó de la cama, comió melón y bebió vino refrescado con nieve, mientras negociaba con el datario y firmaba súplicas. También el 23 de agosto el Papa ya enfermo de gravedad despachó todavía negocios

(1) Cf. Vol. XXI, cap. II, pág. 97.

(2) El bien informado Maffei dice en sus *Historiae* (64) que Sixto V había muerto non tam senio morbove consumptus quam animi angore curisque ob suscepta recens cum Philippo rege certamina. Cf. también la carta de van Wighen de 1.º de septiembre de 1590 en Orbaan, *Sistine Rome*, 275.

(3) V. Cicarella, *Vita Sixti V.*

(4) V. *ibid.* Cf. Ehses, II, 497, nota 1.

(5) V. Weech en la *Revista para la historia del Rin superior*, nueva serie, VII, 662, nota 1.

(6) Cf. Vol. XXI, cap. IV, pág. 326.

(7) V. la relación de Badoer de 25 de agosto de 1590, en Mutinelli, I, 185 s., que se le ha pasado por alto a Hübner (III, 514 s.). La narración de Badoer describe junto con Cicarella (loco cit.) auténticamente la enfermedad mortal de Sixto V. Sobre los médicos de Sixto V, además de Marini, I, 462 s., v. todavía G. Pinto, *Sisto V e l'igiene in Roma*, Roma, 1880, 6, nota 4.

de su cargo. Sus íntimos se asombraron cuando le hallaron libre de fiebre la tarde de este día.

Sixto V creyó ahora evidentemente haber vencido el peligro, y esto tanto más, cuanto que en la mañana del 24 de agosto se sintió mejor. Dejó la cama, y manifestó el deseo de oír la santa misa, recibir a los cardenales y presidir la sesión de la Inquisición que se solía tener en este día. De ello no se podía ciertamente hablar, pero faltó de consideración consigo mismo como siempre, no pudo impedirle de trabajar cuatro horas enteras (1). A mediodía no sintió apetito, pero sí fuerte sed, que procuró apagar con agua fría. Luego firmó con el datario varias súplicas, después de lo cual volvió la fiebre. Sólo ahora consintió renunciar a las audiencias (2).

La fiebre ya no dejó al Papa; todo el día siguiente estuvo molesto por ella (3). A pesar de esto se levantó y tampoco observó las ordenaciones de los médicos respecto a su régimen, comiendo fruta. El 26 padeció de inapetencia. Cuatro accesos de fiebre le debilitaron en gran manera. La noche del 26 al 27 fué sumamente intranquila (4). Por la mañana hizo decir la santa misa en su aposento; sólo con ayuda de su camarero Sangalietto pudo incorporarse en el lecho durante la consagración (5). El enfermo, cuya inflexible fuerza de voluntad había luchado tanto tiempo con la muerte, no conoció hasta ahora que su fin se acercaba. Confesóse y recibió la extremaunción. No se le pudo dar la sagrada comunión por su fuerte catarro. Falleció al anochecer mientras se desencadenaba una furiosa tempestad sobre Roma. El cardenal Montalto estuvo hasta el último momento junto al lecho de muerte de su tío (6).

(1) Badoer (loco cit.) refiere esto expresamente. La mejora comunicóla al punto el cardenal D. Pinelli al dux el 24 de agosto de 1590: *N. S. ha havuto et ha tuttavia un poco di alterazione di febre; però si netta et con il buon governo si spera in Dio che non sarà altro et se bene è in 69 anni ha però robusta et buona complessione. Le SS. VV. ill^{me} faccino fare orazione a Dio per la salute di S. Beatitudine come si conviene ad ogni principe cristiano. *Archivio público de Génova*, *Lettere cardinali*, mazzo XII.

(2) Cf. el *Avviso de 25 de agosto de 1590, Urb., 1058, p. 431, *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. Badoer, loco cit. *La febre del Papa gli è venuta hoggi due hore prima del solito, refiere el embajador de Urbino en 25 de agosto de 1590, Urb., 1058, p. 428, *Biblioteca Vaticana*.

(4) V. Badoer en Mutinelli, I, 187. Cf. Cicarella, loco cit. y la relación que hay en Tempesti, II, 535.

(5) Relación de Sangalietto de 27 de agosto de 1590, en Hübner, II, 369.

(6) V. la relación en Tempesti, II, 536. A Celli (*Storia d. Malaria nell'*

La muerte de Sixto V, que había llegado a la edad de 69 años, fué para sus enemigos la señal para dar estallidos de odio salvaje. El rigor de la justicia y el aumento de los impuestos habían producido gran descontento. Pronto la chusma se amotinó en las calles, y se hizo la tentativa de derribar la estatua de mármol del Papa, obra del florentino Tadeo Landini, erigida por el senado en el palacio de los conservadores en agradecimiento por los muchos beneficios hechos a la Ciudad Eterna. Se afirmó que también los españoles habían tenido en ello su parte. Este dato parece creíble, si se leen las calumnias afrentosas que refirieron en Madrid los representantes de Felipe II, Olivares y Sesa. Decíase en estas relaciones contrariamente a la verdad, que el Papa había fallecido sin haberse confesado (1). Entre la necia multitud corrió este insensato rumor; los escritores de Avisos, que no habían olvidado el proceder de Sixto V

Agro Romano, Città di Castello, 1925, 335) halla en la enfermedad de Sixto V todas las señales de una terciana.

(1) Contra Brosch, que (I, 299) afirma que Sixto había muerto sin confesarse, ya Vast ha hecho valer en la *Revue critique*, 1880, 326 s., que de ello no existen pruebas suficientes. Brosch repite sencillamente la calumnia de los embajadores españoles (v. Hübner, III, 517), la cual se halla también en un despacho por lo demás no citado por él con todo pormenor, del marqués Muti, que como embajador del duque de Saboya juzga tan parcialmente como los embajadores de Felipe II, y concluye enfáticamente: «El Papa indudablemente mayor que ha tenido la Iglesia desde casi trescientos años y visto el mundo desde este tiempo, ha muerto in suprema impenitentia». Con todo, que Sixto V realmente se confesó, consta por la *relación de Brumani a Julio Petrozani, fechada en Roma a 27 de agosto de 1590, *Archivo Gonzaga de Mantua*. Cuán a conciencia lo refirió Brumani se ve claro por lo que sigue: Como había también notificado, que el Papa había comulgado, se apresuró en corregir esto en su *carta de 1.º de septiembre de 1590 al duque de Mantua. En esta carta toca también Brumani los rumores esparcidos por los enemigos del Papa sobre sus últimas horas, respecto de los cuales hace notar: *La verità è che si confessò et me lo giura Aldobrandino* [penitenciario mayor], *ma per il catarro non si puote comunicare* et in un tempo perse li sentimenti onde viene *calumniato*, etc. (*Archivo Gonzaga de Mantua*). También una relación que se halla ahora en el *Archivo capitular de Módena*, notifica que Sixto V no pudo recibir la sagrada comunión rispetto al molto catarro che in un tratto gli soprabondò. Por lo demás el dato ya de suyo enteramente improbable de la impenitencia de Sixto V no se atreve a repetirlo ni el mismo autor tan enemigo suyo de los *Anales de Sixto V, que se hallan en el Cód. K. 6 de la *Biblioteca Vallicelliana de Roma*.— Asimismo es cierto que el rumor que pronto corrió (v. la indicación de Maise en la *Revue des quest. hist.*, XL, 42), de que el Papa había sido envenenado por los españoles, era falso. Aunque ya Hübner (III, 517) había dado esto por averiguado, Robiquet repitió aún el dato como verdadero. Lewin (Los venenos en la historia universal, Berlín, 1920) al contrario lo rechaza (p. 514); cree que el Papa sucumbió de una encefalitis.

contra su clase profesional, lo difundieron en los países extranjeros (1).

Los esfuerzos del condestable Colonna y de Mario Sforza, a quienes el colegio cardenalicio había encargado apaciguar la población, lograron salvar la estatua del palacio de los conservadores y evitar mayores desórdenes. Túvose cuenta con la excitada disposición de los ánimos, sustrayendo a las miradas el monumento con una cubierta de tablas. Demás de esto un decreto del senado dispuso que en lo futuro no se erigiesen más estatuas a los Papas durante su vida (2).

El cadáver de Sixto V había sido conducido en la noche que siguió a su muerte desde el Quirinal a San Pedro, donde fué sepultado provisionalmente (3). El corazón fué llevado a la iglesia de los Santos Vicente y Anastasio, situada no lejos del Quirinal (4), costumbre que se observó desde entonces en todos los Papas posteriores, excepto León XIII. La oración fúnebre en las exequias de Sixto V pronuncióla Baldo Cataneo (5).

Un año más tarde, el 26 de agosto de 1591, Montalto hizo trasladar con procesión solemne el cadáver de su tío al sepulcro (6) que éste ya en vida se había edificado en la capilla del Pesebre en la basílica de Santa María la Mayor (7). El monumento de Sixto V se levanta

(1) V. el *Avviso de 29 de agosto de 1590, que comienza con estas palabras: *Placatus est Dominus ne faceret malum et miseratus est populo suo!* (Urb., 1058, p. 437, *Bibl. Vaticana*). Cf. además Hübner, II, 377, nota. El mismo escritor de Avisos refiere aún en 5 de septiembre de 1590: *Si dice hora che Sisto V havesse un spirito domestico chiamato Dante et che da quello sia stato ingannato circa il tempo che doveva vivere in Pontificato! (Urb., 1058, p. 450). El rumor de los romanos lo repite el relator del duque de Urbino, Gracioso Grattiosi, en su *carta de 29 de agosto de 1590, *Archivo público de Florencia*, Urbino, p. 145.

(2) V. el texto en Cicarella, *Vita Sixti V*. Cf. Rodocanachi, *Capitole*, 112; Steinmann, *Las estatuas de los Papas en el Capitolio*, Roma, 1924, 13. La desaparición posterior de la estatua todavía no ha sido puesta en claro; v. Sobotka en el Anuario de la colección prusiana de arte, XXXIII, 265, el cual sin embargo, alegando a Ranke, II⁸, 144, se inclina al falso supuesto de que la estatua fué destrozada durante las turbulencias acaecidas a la muerte de Sixto V. Cicarella lo contradice expresamente, diciendo: *statuam Sixti in Capitolio erectam evertere voluerunt*.

(3) *Al lato della capella di S. Andrea; v. Avviso de 1.º de septiembre de 1590, Urb., 1058, p. 443, *Biblioteca Vaticana*.

(4) V. Forcella, IX, 281.

(5) Baldi Catanei Oratio in funere Sixti V P. M., Romae, 1590.

(6) V. P. Alaleone en Gatticus, 482 s.

(7) Además del *Diario de Pablo de Alaleone (Barb. 2815, p. 187^b s., *Bibl. Vaticana*), v. Baldo Catani, *La pompa funerale fatta dall'ill. card. Mont-*